

P uso siempre, en vida, al mal tiempo buena cara. Violeta Quevedo —según Eduardo Anguita— pasó incólume entre las gentes, “inocente, libre y luminosa”. Y toda su obra no es sino un ramo de florecillas de San Francisco, un dar gracias a Dios porque la encomienda no fue robada en el correo, el Espíritu Santo la hizo dar con un taxi o con un teléfono, los comunistas no le robaron la cartera, permitiéndole ir a comer a la casa en donde fuese convidada, con el mismo espíritu con que concurriría a la última Cena.

Sus libros son espontáneos y sobrecogedores: odiseas de las pensiones, paseos por el Cajón del Maipo, viajes por Europa o Estados Unidos, uniendo lo trivial y lo trascendente en un haz, haciendo que la admiración o la impaciencia la exalten o saquen de juicio, aunque dispuesta a acogerse siempre al sagrado de una iglesia que está presente en ella a toda hora, duerma o esté despierta, se irrite o, en el mayor grado de candidez, entienda que sus yerros no pueden atribuirse sino a la imperfección humana.

Su Angel Custodio vivió siempre recargado, trabajando a deshoras, confuso, como si hubiese leído la *Guía de perplejos*, de Maimónides. Debía correr para evitar que atropellaran a Violeta o a su hermana Sofía en alguna calle de París, no las rebanara algún zapatero enfurecido, y a veces soplabales al oído que aquel capaz de amar el peligro suele perecer en él. El infierno tan temido, para ella, podía hallarse en una declaración de renta (suponía que la gente estaba en el mundo para robarle), en la cara de un chofer de taxi que mirase su cartera, en los manjares —que creía envenenados— de algún figón de Llolelo.

Con sus ángeles y sus santos, sus tronos y potestades, Violeta Quevedo aguardaba imperturbable en Ahumada o en Providencia el Juicio Final, mientras picoteaba algún panecillo o ponía los dedos con desconfianza en pastelillos, o al embelesarse con Santa Cecilia. Sus peripecias la ponían con ingenuidad en aquello que da el mundo en llamar extravagancias, porque “cuando los acontecimientos vienen de lo alto, se franquean todas las barreras”.

Y pasó franqueándolas, sin excusarse por llamar a cada cosa



Violeta o el milagro cotidiano

POR ALFONSO CALDERÓN

por su nombre, saliendo del letargo o del éxtasis cuando llegaba la hora de cambiarse de pensión o de ir a la iglesia de San Francisco. Dejándose dirigir por la Providencia, o, en su defecto, por algún pariente próximo que mirábalas como a un ser desprovisto de materia. Si ve a una niña que se llama Mónica, en Viña, se le ocurre que es un ángel; si extravía algún dije o peineta, no trepida en vocear de modo tremante en contra de los comunistas, entre cuyos planes, piensa ella, como muchos, figuran los robos de carteras o de crucifijos.

¡Qué fiesta es leerla: parece que uno ha venido al mundo para oír su canto de ángel absurdo! Rompiendo con las normas del idioma, asaltando la lógica con el ánimo más puro, dispuesta a borrar límites, a cruzar fronteras, ignorándolas. Escribe y Escribe. Anguita destaca la capacidad de asombro de Violeta Quevedo, y hay en ello una virtud que agradaba a Chesterton, la de contemplar el milagro cotidiano, ése que se produce cada día en cada cosa, y no en los actos más llamativos, sino en los pequeños, domésticos, que soslayan la impetuosidad de los gigantismos.

Pasó por la vida glorificando a Dios y a las avejillas, y jamás podría extrañarse si el Infierno se pareciera al Cajón del Maipo, o a Viña, o algunas pensiones santiaguinas; en cambio, el cielo debe de haber sido para ella algo así como una pieza luminosa, llena de maravilloso silencio, en donde Kyries o antifonas han de seguir manteniéndola en ese estado de gracia que fue su vida y su obra literaria, una sola y misma cosa, la prueba de la pureza esencial de una mirada originaria.